



El Manifiesto Comunista, 150 Años Después: Una Visión desde Chile

Manuel Riesco

Para la generación de Chilenos que vivimos la Unidad Popular del Presidente Salvador Allende, el Manifiesto Comunista fue, primero, el documento que mejor que ningún otro resumía los motivos por los cuales estuvimos todos convencidos de entregarnos por entero a la transformación de nuestra patria. Sus contenidos fueron, por así decirlo, nuestros Santos Evangelios. Fueron millones los seres humanos que se agitaron por aquellos años sobre esa muy larga y más angosta falla geológica ubicada en el borde mismo del planeta, llamada Chile. La capacidad movilizadora del Manifiesto Comunista demostró, también allí, su potencia asombrosa. No parece inapropiado recordar, además, que por aquellos días no pocos Chilenos ofrendaron nada menos que sus vidas, por su fe en las ideas expresadas en el Manifiesto Comunista. Ello debería ser suficiente, a mi juicio, para generalizar en la población, al menos en Chile, el mayor de los respetos hacia los contenidos de este documento, que inspirara a tantos a ofrendarlo todo por el progreso de su pequeño país. Probablemente algo así ocurrirá, a medida que con el paso del tiempo las aguas vayan buscando su justo nivel.

En nada desmerece lo anterior el hecho, más que probable, que aquellos millones de Chilenos que se inspiraron en el Manifiesto Comunista estuvieran en verdad impelidos a actuar allí y entonces, por poderosas urgencias de la historia. Esas que, de tarde en tarde, empujan a los pueblos a remover las trabas que, de una u otra forma, están frenando el progreso de sus sociedades. Las mismas que, en el Chile de esos años, se caían de maduras a la espera que alguien las renoviese. De no existir el Manifiesto Comunista, es probable que las mismas gentes,

para dar curso a estas urgencias, hubiesen apelado a otros idearios. Así ha ocurrido con otros pueblos antes y más tarde. Todos los idearios que inspiran a los pueblos en revolución por eso sólo deberían ser motivo del mayor respeto.

Sin embargo, el hecho es que en Chile fueron las ideas del Manifiesto Comunista, principalmente, las que jugaron ese distinguido papel. Ideas que en su radical rechazo a la vieja sociedad agraria y en su urgencia revolucionaria identificaban el requerimiento preciso de la sociedad chilena de esos días. Ideas que en su anti-capitalismo y comunismo de futuro removían visiones del alma campesina tan cercana al corazón de los chilenos. Ideas que fueran difundidas con orgánica paciencia en Chile, durante casi un siglo, por artesanos que las trajeron en sus bolsos de inmigrantes, por campesinos que empezaban a aprender a ser obreros, por los intelectuales enamorados de las revoluciones sociales, todos los cuales pueden adoptar gustosos el nombre de Luis Emilio Recabarren.

Parte de la historia Chilena posterior al derrocamiento del Presidente Salvador Allende es de sobra conocida. Mediante el terror más sanguinario, la dictadura de Pinochet impuso en forma pionera el nuevo orden usualmente denominado "modelo neoliberal", cuyos resultados en cuanto al desenvolvimiento económico del país han sido ampliamente difundidos por todo el mundo. La frustración de las esperanzas generadas por el Gobierno de Salvador Allende, la brutalidad de Pinochet y los grandes sufrimientos que trajo para la mayoría de la población, inspiraron una de las mayores expresiones de solidaridad mundial con la lucha

de los chilenos por terminar con la dictadura. Este objetivo lo logró finalmente el alzamiento generalizado de los chilenos durante los años ochenta, el triunfo en el plebiscito de 1988 y la elección de los gobiernos democráticos de Patricio Aylwin y Eduardo Frei. Aunque a veces nos exaspera ese tranco tan lento y negociado, del todavía incompleto proceso de recuperación de la democracia.

La inspiración de parte importante de quienes participamos en aquel alzamiento democrático fue, nuevamente, el ideario del Manifiesto Comunista. En Chile, por aquellos años, una vez más fue necesario que miles de chilenos asumieran colectivamente su propio destino. Y cuando se entregaran en avalancha a una peligrosa lucha político-insurreccional, las ideas del Manifiesto Comunista demostraron nuevamente su poder de inspirar los sueños de libertad y justicia de millones de personas. La tendencia que finalmente se impuso en el seno de las fuerzas antidictatoriales de entonces, sin embargo, no fue aquella que se inspiraba principalmente en las ideas del Manifiesto Comunista. A pesar de esto, es por todos reconocido que fue precisamente este sector político el que sobrellevó quizás lo más duro de aquella lucha. De esta manera, en el Chile de los ochenta se reprodujo, en cierta medida, la gesta que culminó, hace 50 años, con la caída del fascismo en Europa. Y de alguna forma también sus resultados. En Chile llegará, asimismo, el momento de reconocer debidamente el noble papel de aquellos que enfrentaron y derrotaron el terrorismo fascista inspirados en las ideas del Manifiesto Comunista. Habrá que esperar que el paso del tiempo vaya poniendo las cosas en su lugar.

Merece recordarse que lo anterior, es la tremenda relevancia económico-social de las transformaciones realizadas en Chile durante los años sesenta y principios de los setenta, bajo la inspiración predominante de las ideas del Manifiesto Comunista.

No es muy conocido —y de este desconocimiento no se eximen los partidarios de

aquellas transformaciones— el hecho que Pinochet, quién violó en Chile todas las leyes, se vió forzado a respetar, sin embargo y llevó a su término en forma más o menos escrupulosa, lo estipulado por dos leyes fundamentales: la Reforma Agraria y la Nacionalización del cobre. En el primer caso, es cierto que devolvió a los antiguos patronos todo lo que la ley de Reforma Agraria le permitía y un buen poco más. Es verdad, asimismo, que excluyó sistemáticamente del masivo reparto de parcelas realizado a quienes más las merecían, es decir, a los campesinos partidarios del proceso de Reforma Agraria. A ellos los persiguió con especial saña, además, sus nombres hacen mayoría entre los tres mil grabados en la piedra del mausoleo a los ejecutados y desaparecidos. Se remataron enormes extensiones de tierra, a grandes empresas forestales. Sin embargo, no se reconstituyó en Chile ni un sólo latifundio. Nunca más hubo un sólo inquilino. Los centenares de miles de campesinos que abandonaron su centenaria condición durante todo este proceso conforman la base principal sobre la cual se sustentó el posterior desarrollo capitalista del agro y del país entero. En el caso del cobre, es cierto que Pinochet y su ministro Piñera le torcieron la nariz a lo establecido en la Constitución, incluso en la suya, respecto a la propiedad nacional sobre los yacimientos mineros. Es debido a ello que hoy día empresas extranjeras pueden llevarse más de la mitad de nuestro cobre sin pagar siquiera impuestos. Pero paralelamente, Pinochet duplicó el tamaño de CODELCO y profitó de los mil millones de dólares anuales que dicha empresa, creada por Allende, ha venido entregando al presupuesto nacional.

Se ha saturado hasta el cansancio al mundo entero durante años, con propaganda acerca de los éxitos económicos del jaguar chileno, presentándolo como el resultado de las políticas neoliberales aplicadas por los Chicago Boys de Pinochet. Si tal jaguar en verdad existe, aunque sea medio tiñoso, les será bastante incómodo quizás, cuando se empiecen a reconocer en sus facciones las trazas de sus padres legítimos.

mos: la Nacionalización del Cobre y la Reforma Agraria. Estas leyes y su aplicación exitosa, junto al medio litro de leche para todos los niños chilenos, la erradicación del analfabetismo, la extensión de la enseñanza básica obligatoria de seis a ocho años y la Reforma Universitaria constituyen como se sabe, algunos de los legados más importantes de los gobiernos del Presidente Eduardo Frei Montalva y particularmente, del Presidente Salvador Allende. Todas estas medidas que transformaron para siempre la cara de Chile, terminando con siglos de atraso y proyectándolo de una u otra manera a la modernidad, son de manera importante también en Chile, el legado progresista del Manifiesto Comunista.

En Chile pudimos comprobar la sabiduría de varias de las reflexiones hechas por Marx respecto de las diferentes fases de la Revolución Francesa. En particular aquello que las revoluciones, procesos bastante caóticos, cuando llegan a un punto de su desarrollo, una vez que las tareas que las precipitan han sido cumplidas en lo fundamental, las sociedades que las han requerido se vuelven en su contra. Se les hace entonces imperativo restablecer un cierto orden, consolidar de alguna manera las tareas realizadas. Puesto que los protagonistas o más bien los antagonistas principales de las revoluciones se encuentran a estas alturas ya bastante exhaustos, es usual que el orden sea restablecido por esas capas especiales de la sociedad, ajenas a ella en cierto sentido, que son las denominadas burocracias, civiles y militares. Al parecer este fenómeno ha sido una constante de las revoluciones posteriores. Todos los Bonapartismos, aún aquellos cuyo pelaje se ha teñido a veces de ilustración e incluso de rojo, han sido las fases más oscuras de las transiciones a la modernidad.

En muchas de las revoluciones de este siglo, empezando por la Revolución Rusa, dicho ingrato papel de restablecimiento del orden fue asumido también en nombre de las ideas del Manifiesto Comunista. En Chile de ésta, al

menos, nos escapamos. A decir verdad, principalmente por nuestras propias debilidades políticas. Nuestra derrota del 73 puede habernos eximido a los seguidores Chilenos del ideario del Manifiesto Comunista, de tan ingrato aunque necesario papel, pero no eximió al pueblo chileno de los sufrimientos de la peor versión posible del orden post revolucionario: el orden de Pinochet.

Aprovechando la sólida disciplina del ejército y el resto de las fuerzas armadas chilenas, un hombre asesinemente traicionero, bruto y astuto logró mantenerse casi dos décadas dirigiendo el país con mano de hierro. Las principales razones de tan prolongada permanencia deben buscarse, quizás, en las diferencias de la dictadura chilena respecto a otras dictaduras militares latinoamericanas más o menos contemporáneas y más aún, con el caudillismo militar tradicional de este continente. Pinochet no se limita a restablecer un orden conservador. Por el contrario, apoyándose en un equipo de profesionales jóvenes formados en universidades norteamericanas, introduce una serie de reformas que, en definitiva, aceleraron el proceso de desarrollo capitalista del país en la misma medida que agudizaron las miserias de su población, incluidos amplios sectores de las propias clases acomodadas. Observadores incisivos de este proceso—entre ellos la unidad de inteligencia de la revista inglesa "The Economist"—han hecho presente que Pinochet encontró el camino despejado, en parte importante, porque el proceso revolucionario previo había barrido con las clases más conservadoras, especialmente los latifundistas. Puede agregarse que el conjunto de las clases dominantes chilenas fueron transformadas substancialmente por el proceso revolucionario previo, durante el cual, puestas en trance de desaparecer completamente, fueron forzadas a asumir un rol diferente, aún cuando éste les haya significado grandes bajas en sus propias filas. Por estas razones, quizás no es completamente descabellado afirmar que la génesis y temple de la moderna clase burguesa Chilena no son del todo

ajenos al Manifiesto Comunista.

Culminada en Chile lo que Eric Hobsbawm quizás denominase nuestra Era de las Revoluciones, aparece más que claro que nuestra Era del Capital ha llegado para quedarse por un largorato. Incluso nuestros capitalistas más audaces están abriendo su propia Era del Imperio, hacia América Latina. El cuadro que se presenta ahora a quiénes aspiran a transformar la sociedad con un sentido de justicia y libertad es mucho más complejo que el de los años sesenta. Por aquel entonces era claro de qué lado estaba el progreso de la sociedad y qué y quiénes—nos dimos el gusto de bautizarlos “momios”—eran los que se oponían a su desenvolvimiento. Ahora, en cambio, son los capitalistasy los políticos derechistas que los representan quiénes se dan el lujo de acusar a los obreros y a los izquierdistas de conservadores. Y a veces han logrado arrinconarnos en posiciones desde las cuales a éstos últimos, en verdad, no nos ha quedado otra sino darles la razón.

Debido a ello quizás es ahora, cuando la visión dialéctica acerca de la modernidad contenida en el Manifiesto Comunista está cobrando verdaderamente toda su potencia. Esa visión es tal vez más útil que nunca, como guía para navegar en el torbellino desatado de las fuerzas poderosas de esta sociedad en la cual “todo lo sólido se desvanece en el aire”. Marshall Bermann titula con esa frase del Manifiesto Comunista el libro donde sostiene bellamente precisamente este argumento.

Es quizás la mayor ironía de la historia del siglo XX que tantos pueblos se hayan inspirado en el Manifiesto Comunista para conquistar la modernidad que aquel criticaba y se proponía espantar con el fantasma del comunismo. Como muchas ironías, sin embargo, ésta también contiene una gran cuota de sabiduría. No es nada extraño, en verdad, que los pueblos hayan escogido para salir de su odiado atraso, las ideas más progresistas de la época, contenidas en el Manifiesto Comunista. No tiene nada

de malo tampoco que, al igual que los propios autores del Manifiesto Comunista, tantos pueblos se hayan hecho ilusiones acerca de un fin más pronto—incluso no nato—de la sociedad capitalista cuyos rasgos oscuros, al igual que su radical capacidad de revolucionarlo todo, tan magistralmente son descritos en el Manifiesto Comunista.

El Manifiesto Comunista nació entre pliegues de placenta de una modernidad recién parida. Sus autores, dos jóvenes de 28 y 30 años tuvieron la genialidad de avizorar ya en ese embrión y describir magistralmente, muchos de los rasgos que hoy, al cabo de 150 años—tiempo apenas de adolescencia para un modo de producción—, la modernidad capitalista está mostrando con claridad al menos a una mitad de la humanidad. Nos ha legado asimismo una visión insuperable para apreciarla críticamente en su dialéctica grandeza y limitación histórica.

El Manifiesto Comunista va más allá, sin embargo y nos profetiza cómo las contradicciones que la propia modernidad capitalista genera harán llegar, tarde o temprano, el momento en el cual serán las propias relaciones capitalistas las que se habrán transformado en trabas al desarrollo que ellas mismas han desatado en forma tumultuosa. Llegado ese momento, continúa la profecía, será la clase obrera que la misma modernidad capitalista ha engendrado y educado, la que asumirá en sus manos la tarea de remover dichas trabas y establecer nuevas relaciones sociales, más avanzadas, que permitan continuar avanzando en la historia de la humanidad. O no estará a la altura de las circunstancias, insinúa el Manifiesto y burguesía y proletariado se hundirán junto con la modernidad toda en la decadencia y el barbarismo, tal como el Imperio Romano.

Estas profecías del Manifiesto, sobre todo aquella que dice relación con el papel de la clase obrera, son hoy día tan cuestionadas como admirada es su poderosa descripción de la sociedad moderna. ¿Tendrán razón los escépticos? ¿Será acertado descartar, tan tempranamente,

como históricamente frustrada a una clase que ni siquiera ha llegado a ser todavía ni en una quinta parte de la humanidad? ¿A una clase que recién en los países capitalistas más antiguos y en los sectores más avanzados de la economía y las empresas está alcanzando los grados de

educación y responsabilidad en la producción que la pueden acercar a un rol de clase dirigente? Tal vez sí. Yo me inclino a creer, más bien, que esta parte de la profecía del Manifiesto Comunista, asimismo, dará todavía mucho más que hablar. XXI

París, Santiago, Mayo-Junio 1998